

mientras la joven *calipiga* continuaba encareciendo los primores de aquella industria en que se había metido, la Bringas oíala con algún interés, perdonando quizás el vilipendio de la persona por la excelsitud del asunto que trataba. Así como el Espíritu Santo, bajando á los labios del pecador arrepentido, puede santificar á éste, Refugio, á los ojos de su ilustre pariente, se redimía por la divinidad de su discurso.

“¿Con que moditas? —dijo don Francisco chanceándose.— ¡Bonito negocio! ¡Vaya unos micos que te van á dar tus parroquianas! Aquí el lujo está en razón inversa del dinero con qué pagarlo. Mucho ojo, niña... Se me figura que si tu hermanita no te manda con qué vivir, lo que es con el trapo nuevo te comerás los codos de hambre... ¿Y vienes á sonsacarnos para que seamos tus parroquianos? Chica, por Dios, toca, toca á otra puerta... Tu industria es la ruína de las familias y el noviciado de San Bernardino. Pero te deseo buena suerte, y te recomiendo que no tengas entrañas si quieres defenderte de la miseria. ¡Duro en ellas! Por lo que vale doce, cobra cuarenta, y así con el exceso de las que paguen cubres la falta de las que no te den un cuarto... ¡Ay qué gracia!...”

Un buen rato le duró la risa, de lá que participaron todos los presentes, incluso la señora, quien tuvo la increíble bondad de acompañar á Refugio hasta la puerta, y obsequiarla con algunas frases amables.

## XXVII

“¿No le preguntaste si se han casado? —dijo Rosalía á su esposo, cuando volvió apresuradamente al lado de él.

—Tuve la palabra en la boca más de una vez para preguntárselo; pero no me atreví, por temor á que me dijese que no, y tomase yo un berrinchn.

—He tenido que contenerme para no ponerla en la calle—declaró la dama haciendo todo lo necesario para mostrarse poseída de un furor sacro, hijo legítimo del sentimiento de la dignidad.—Es osadía metérsenos aquí y venir con recados estúpidos de la buena pieza de su hermanita... otra que tal. ¡Ni qué nos importa que Amparo se interese ó no por nosotros!... Pues los sentimientos de Agustín también me hacen gracia... Una gente para quien el catecismo es como los pliegos de aleluyas... Yo estaba volada oyéndola. No sé cómo tú tenías paciencia para aguantar tal retahila de mentiras y sandeces... Y ahora se sale con vender novedades... ¡qué porquerías serán esas! Te aseguro que me daba un asco...”

La entrada del señor de Pez cortó la serie de observaciones que sin duda habían de ilustrar el asunto. Poco después Bringas, que no se cansaba nunca de dar órdenes, dispuso que de allí en adelante se comiese á la una ó una y

media, á usanza española, cenando á las nueve de la noche. Esto no sólo era más cómodo en la estación calurosa, sino más económico, porque se gastaba menos carbón. La cena debía de ser de cosa ligera. Recomendó mi hombre las lentejas; menestras de acelgas y guisantes, aunque fueran de caldo negro; las sopas de ajo, y abstinencia de carne por las noches. Este plan no tenía más inconveniente que la necesidad de añadir á los estómagos, de tarde, el peso de un chocolatito, cuya carga, por la circunstancia de haberse pegado doña Cándida á la familia como una lapa, se hacía punto menos que insoportable. Verdad es que Dios iba siempre en ayuda de Thiers, porque doña Tula, que en verano adoptaba el mismo sistema de comidas, hacía todas las tardes un chocolate riquísimo, y casi siempre mandaba al enfermo una jicara, bien custodiada de moji-cón y bizcochos.

“Esta doña Tula — decía Bringas cuando sentía entrar á la criada de su vecina, — es una persona muy atenta...”

Rosalía pasaba á la vivienda de doña Tula, y rara vez faltaba Pez al chocolate de las seis y media... Allí se encontraban otras personas muy calificadas de la ciudad, como la hermana del intendente, un señor capellán á veces, el oficial segundo de la mayordomía, el inspector general, el médico y otros. Milagros no ponía nunca los pies en la casa de su hermana, pues hacía algún tiempo que no se trataban. Hablando de la Marquesa, solía doña Tula designarla con alguna reticencia; pero sin pasar

de aquí. María estaba casi siempre, y todos se encantaban con ella, mimándola. La de Bringas hacía allí público alarde de su vestido *mozambique*, y Cándida lucía el suyo de gro negro, único que conservaba en buen estado. Ocioso será decir que hallándose presente el señor de Pez, ningún otro mortal podía atreverse á levantar el gallo en una conversación de política ó sobre cualquier asunto de substancia. Por mi parte, confieso que el modo de hablar de aquel señor tan guapín y de palabras tan bien medidas, ejercía no sé qué acción narcótica sobre mis nervios. Lo mismo era ponerse él á explicar el por qué de su consecuencia con el partido moderado, ya me parecía que un dulce beleño se derramaba en mi cerebro, y el sillón de doña Tula, acariciándome en sus calientes brazos, me convidaba á dormir la siesta. La cortesía, no obstante, obligábame á luchar con el maldito sueño, de lo que resultaba un estado semejante al que los médicos llaman *coma vigil*, un ver sin ver, transición de imagen á fantasma, un oír sin oír, mezcla de son y zumbido. La pintoresca habitación, que á causa del calor estaba medio cerrada y en la sombra; la luz que entraba filtrada por la tela de los transparentes, iluminando con tropical coloración las enormes flores de éstos; el tono bajo de tapiz descolorido que tenían todas las cosas en aquella soñolienta cavidad; los ligeros carraspeos de doña Cándida y sus bostezos, discretamente tapados con la palma de la mano; la hermosura de María Sudre, que no parecía cosa de este mundo; el *mozambique* de Ro-

salfá, con pintitas que mareaban la vista, y, finalmente, el lento arrullo de las mecedoras y el *chis-chas* de los abanicos de cinco ó seis damas, eran otros tantos agentes letárgicos en mi cerebro. Como brillaban las lentejuelas de algunos abanicos, así relucían los conceptos uno tras otro... El verano se anticipaba aquel año y sería muy cruel... Los generales habían llegado á Canarias... Prim estaba en Vichy... La Reina iría á la Granja y después á Lequeitio... Se empezaban á llevar las colas algo recogidas, y para baños las colas estaban ya proscritas... González Bravo estaba malo del estómago... Cabrera había ido á ver al *Niño terço*...

Ultimamente se destacaba la voz de Pez, de un tono íntimamente relacionado con su áureo bigote, que por la igualdad de los pelos parecía artificial, y el efecto narcótico crecía... El tal no podía ver sin amarga tristeza la situación á que habían llegado las cosas por culpa de unos y otros... La revolución con su *todo ó nada*, y los moderados con su *non possumus*, ponían al país al borde de la pendiente, al borde del abismo, al borde del precipicio. Estaba el buen señor desilusionado, y no creía que hubiera ya remedio para el mal. Este era un país de perdición, un país de aventuras, un país dividido entre la conspiración y la resistencia. Así no podía haber progreso, ni adelanto, ni mejoras, ni tampoco administración. El lo estaba diciendo siempre: "más administración, más administración;" pero era predicar en desierto. Todos los servicios públicos estaban en mantillas. Tenía Pez un ideal que

acariciaba su mente organizadora; ¿pero cómo realizarlo? Su ideal era montar un sistema administrativo perfecto, con ochenta ó noventa Direcciones generales. Que no hubiera manifestación alguna de la vida nacional que se escapara á la tutela sabia del Estado. Así andaría todo bien. El país no pensaba, el país no obraba, el país era idiota. Era preciso, pues, que el Estado pensase y obrase por él, porque sólo el Estado era inteligente. Como esto no podía realizarse, Pez se recogía en su espíritu siempre triste, y afectaba aquella soberana indiferencia de todas las cosas. Considerábase superior á sus contemporáneos; al menos veía más, columbraba otra cosa mejor, y como no lograba llevarla á la realidad, de aquí su fleumática calma. Consolábase acariciando mentalmente sus principios, en medio del general desconcierto. Para contemplar en su fantasía la regeneración de España, apartaba los ojos de la corrupción de las costumbres, de aquel desprecio de todas las leyes que iba cundiendo... ¡Oh! Pez se conceptuaba dichoso con el depósito de principios que tenía en su cuerpo. Adoraba la moral pura, la rectitud inflexible, y su conciencia le indemnizaba de las infamias que veía por doquier... Quisiera Dios que aquel ideal no se apartase de su alma... pues, que no se le desvaneciera al contacto de tanta pillería; quisiera Dios...

No sé el tiempo que transcurrió en aquel segundo *quisiera* y un discreto golpecito que me dió doña Cándida en la rodilla... "Está usted distraído,—me dijo.

—No, no; quiá, señora... estaba oyendo á don Manuel, que...

—Si don Manuel ha salido á la terraza. Es Serafinita de Lantigua que cuenta la muerte de su marido. Estoy horripilada...

—¡Ah! yo también... horripiladísimo.,

## XXVIII

Vagaban indolentes por la terraza, como si hicieran tiempo, Pez, Rosalía y la hermana del intendente. Esta fué á la vivienda del sumiller, y la elegante pareja se quedó sola... El pobre don Manuel era en verdad digno de lástima. La monomanía religiosa de su mujer llegaba ya á tan enfadoso extremo, que no era posible soportarla... “¿Qué cree usted? me encocoraba tanto oír á Serafinita el cuento, ya tan viejo y resobado, de sus penalidades, que estaba deseando echar á correr... Aquella voz de canturria de coro y aquellos suspiros de funeral, me atacan los nervios... Yo soy religioso y creo cuanto la Iglesia manda creer; pero esta gente que *se acuesta con Dios y con Dios se levanta*, se me sienta en la boca del estómago. Esa Serafinita es la que le ha sorbido los sesos á mi pobre Carolina, es la autora de mi desgracia y del aborrecimiento que tengo á mi propio domicilio... ¡Oh! amiga mía, no sabe usted qué enfermedad tan triste es esa del horror á la casa... Felizmente no la conoce us-

ted... Yo quisiera estar fuera todo el día, y no parecer por allí... Insensiblemente me acostumbro á considerar como casa propia la casa de mi amigo, y ni un instante se me va del pensamiento la comparación entre el calor cordial de aquí y la frialdad seca de allá... Soy hombre que no puede vivir sin cariño. Es para mí tan necesario como el aire. Sin él me asfixio, me muero. Allí donde lo encuentro, armo mi tienda y allí me quedo...,”

Isabelita y Alfonsín pasaron corriendo. Iban sofocados, sudorosos, de tanto como habían bregado en la galería del piso tercero con Irene y las chicas del jefe de cocinas.—“¡Hija, cómo estás!...—dijo Rosalía, deteniendo á la niña.—Tienes la cara como un cangrejo cocido... Ahora corre aire... métete en casa; no te constipes... ¿Y este granuja...? ¿Ve usted cómo viene? todo roto y hecho un Adán. Mire usted qué rodillas... Si se le pusiera traje de hierro, lo mismo le rompería...”

—¡Qué gracioso barbián! Es de la piel del diablo... Este será un hombre,—indicó Pez besándole, y besando también á la niña.

—Dame cuartos,—dijo el pequeño con descaro.

—¿Ve usted qué pillete?... ¡Chico!... ¿qué es eso?... No haga usted caso. Tiene la mala costumbre de pedir cuartos á todo el mundo. No sé dónde habrá aprendido tales mañas. Es una risa... Una tarde que les llevé á que les viera Su Majestad... ¡bochorno mayor no he pasado en mi vida! No había medio de hacerles hablar una palabra: de repente, este bribón se planta,

mira á la Reina con la mayor desvergüenza del mundo, y alargando su manecita... "dame cuartos," Su Majestad rompió á reir.

—Bien, señorito precoz: toma cuartos.

—¿Qué hace usted? Si los quiere para comprar porquerías... Esta tonta no pide; pero cuando se los dan, los toma. No crea usted que es gastadora. ¡Quiá! Todo lo va guardando en su hucha, y tiene ya un capital. Esta sale...

—Sale á papá...

—Vaya, á casa, que os enfriáis aquí... ¡Cómo sudas, hija!... Allá voy en seguida.,

De cuatro brincos se pusieron en la puerta de la escalera de Cáceres, y por allí pasaron á su casa. Pez dió un suspiro. Rosalía llevaba en su mano una rosa medio estrujada, olorosísima, en cuyo cáliz introducía la nariz de rato en rato, cual si quisiera aspirar de una vez todo el aroma contenido en ella. Tal flor era digna funda de nariz tan bonita.

"Porque usted—dijo Pez volviendo á su tema quejumbón,—tendrá al fin que echarme de su casa... tan pegajoso é impertinente soy."

Ella debió de contestar que no había para qué expulsar á nadie, y él, animándose, pidió perdón de su apego á la familia Bringas... Privarle del consuelo de tales afecciones habría sido una crueldad; y hablando en plata, el foco de atracción... sí, ésta era la palabra, el foco de atracción... "no encuentro que esté tanto en mi buen amigo como en mi amiga incomparable. Usted me comprende mejor que él y que nadie. Es particular: el día en que no puedo cambiar dos palabras con usted, parece

que me falta algo, parece que no tienen jugo que beber las raíces de la vida, parece que se seca la savia del sér..." Tiraba Pez hacia lo poético y filosófico, y Rosalía, oyéndole con henchimiento de vanidad y de nariz, aplastaba contra ésta la rosa, cuya fragancia les envolvía á entrambos.

"Esta simpatía irresistible es más fuerte que yo. Prohíbame usted venir, y verá cómo se extingue una vida consagrada en otro tiempo á la familia, y siempre al servicio del país... hará usted el mayor daño que se puede hacer á un hombre... sin provecho de nadie..."

No debió ella de mostrarse muy arisca, porque el otro expresó su deseo de que se vieran más á menudo... Cuando el pobrecito Bringas se curase, ¿por qué no habían de verse con frecuencia y de modo que pudieran hablar con alguna libertad...?

Aún había mucho que decir; pero no era posible prolongar el paseíto. Al llegar á la puerta de la casa, salió Isabelita al encuentro de su mamá gritando con inocente júbilo: "¡Papá ve, papá ve!". Entraron apresuradamente Rosalía y Pez, poseídos de gozo por tan buena nueva, y vieron á don Francisco que se paseaba de largo á largo en Gasparini con la venda alzada, gesticulando, tan nervioso y excitado que parecía demente.

"Nada más que un poco de escozor, una penita... Pero todo lo veo... A usted, querido Pez, le encuentro más joven... Pues mi mujer se ha quitado quince años... ¡Por vida del sayo de las once mil vírgenes...! Estoy loco de ale-

gría... Nada más que un borde rojizo en los objetos, nada más... la claridad me ofende un poco... Cuestión de algunos días... Abrázame, mujer; abrazarme todos...

—No cantes victoria, no cantes victoria tan pronto—indicó Rosalía, flechada súbitamente por un pensamiento triste en medio de su alegría.—Hay que temer la recaída... A ser tú, yo no me quitaría la venda.

—¿Qué es esto?—dijo el médico, que entró sin anunciarse.—¿Jarana tenemos? ¿Qué correrías son esas, amigo Bringas? La venda... No hay que fiar todavía.

—Claro es que no conviene... Un poco más de paciencia, hombre. Luego los baños...

—¿Qué baños?... Yo no voy á baños—aseguró Thiers dejándose poner la venda por las autorizadas manos del médico.—No los necesito. No me vengán con papas.

—Eso lo veremos—manifestó el doctor con bondad.—Ahora á la cárcel otra vez. No se me escape usted antes de tiempo, que podría suceder que la prisión se alargase más de lo regular. Vamos muy bien, vamos muy bien, y llegaremos si seguimos despacio.

La luz crepuscular con la cual nuestro querido Thiers había tenido el gusto inmenso de probar el restablecimiento de sus funciones ópticas, se desvanecía lentamente. Por fin, la habitación se alumbraba sólo con el resplandor que el sol había dejado en el cielo detrás de la Casa de Campo, y aquél era tan fuerte como el llamear de un incendio. Rosalía quiso encender luz; pero Bringas saltó vivamente con

la observación de que la luz no hacía falta para nada... “Eso es, lamparita para que nos aseamos de calor... Dispense usted, señor don Manuel; pero me parece que estamos mejor á obscuras... Paquito, abre toda la ventana. Que entre el aire, aire, aire...”

Poco después, Bringas, cansado de oír las anécdotas universitarias que su hijito le contaba, dijo en voz alta: “Señor de Pez... ¿No está?”

—No está,—observó Paquito.

—¡Rosalía!

—¡Mamá!—gritó el joven llamando.

Poco después apareció Rosalía. Su majestuosa figura, fantasma blanco en medio de la sombra, traía como un misterio teatral á la solitaria habitación en que el padre y el hijo estaban, rodeados de tinieblas é invisibles.

—¿Se ha marchado don Manuel?

—No: está en el balcón de la Saleta, contemplando... siento que no lo puedas ver... contemplando el resplandor que ha dejado el sol hacia Poniente... Es como si se estuviera quemando medio mundo.

—Ve, no le dejes solo... Hoy le hice una pequeña indicación acerca del ascenso del niño, y me parece que no lo ha tomado mal. Dijo un *veremos* que me ha oído á sí... ¡Ah! no olvides que á las nueve menos cuarto hemos de cenar.

A dicha hora despidióse Pez, y Rosalía, trocando su galana bata por otra de trapillo, y sus zapatos bajos por unas zapatillas de suela de cañamo, empezó á disponer la cena. Quejábase

de un fuerte dolor de cabeza y no tomaría más que un poco de menestra. Su marido le rogaba que se recogiera; mas ella tenía hartío que hacer para acostarse tan temprano... ¡Ay! la tertulia de doña Tula y aquel charla que te charla de Pez y Serafinita, habíanle puesto su cabeza como un bombo... Luego el don Manuel era capaz de dar jaqueca al gallo de la Pasión con la cantinela de sus lamentaciones. Ya eran tantas sus calamidades, que Job se quedaba tamañito.

“En fin, hija, acuéstate, para que descanses de toda esa monserga... Es preciso oír con paciencia todo lo que Pez nos quiera contar, porque... ya ves lo que dice. Somos su paño de lágrimas, y aquí viene el pobre á desahogar sus penas.”

Hizo al fin Rosalía lo que su esposo le ordenaba. Levantados los manteles, se apagaron las luces, y encargado Paquito de dar á su papá las medicinas que tomaba más tarde, la cabeza de la ilustre dama buscó descanso en las almohadas. El sueño, no obstante, vino tarde, tras un largo rato de cavilación congestiva.

## XXIX

Los candelabros de plata... el peligro de que su marido descubriese pronto que habían hecho un viaje á Peñaranda de Bracamonte... el medio de evitar esto... el señor de Pez, su ideal... ¡Oh, qué hombre tan extraordinario y fascinador! ¡Qué elevación de miras, qué superioridad!... Con decir que era capaz, si le dejaban, de organizar un sistema administrativo con ochenta y cuatro Direcciones generales, está dicho lo que podía dar de sí aquella soberana cabeza... ¡Y qué finura y distinción de modales, qué generosidad caballeresca!... Seguramente, si ella se veía en cualquier ahogo, acudiría Pez á auxiliarla con aquella delicadeza galante que Bringas no conocía ni había mostrado jamás en ningún tiempo, ni aun cuando fué su pretendiente, ni en los días de la luna de miel, pasados en Navalcarnero... ¡Qué tinte tan ordinario había tenido siempre su vida toda! Hasta el pueblo elegido para la inauguración matrimonial era horriblemente inculto, antipático y contrario á toda idea de buen tono... Bien se acordaba la dama de aquel lugarón, de aquella posada en que no había ni una silla cómoda en que sentarse, de aquel olor á ganado y á paja, de aquel vino sabiendo á pez y aquellas chuletas sabiendo á cuero... Luego el pedestre Bringas no le hablaba más

que de cosas vulgares. En Madrid, el día antes de casarse, no fué hombre para gastarse seis cuartos en un ramo de rositas de olor... En Navalcarnero le había regalado un botijito, y la llevaba á pasear por los trigos, permitiéndose coger amapolas, que se deshojaban en seguida. A ella le gustaba muy poco el campo, y lo único que se lo habría hecho tolerable era la caza; pero Bringas se asustaba de los tiros, y habiéndole llevado en cierta ocasión el alcalde á una campaña venatoria, por poco mata al propio alcalde. Era hombre de tan mala puntería, que no daba ni al viento... De vuelta en Madrid, había empezado aquella vida matrimonial reglamentada, oprimida, compuesta de estrecheces y fingimientos; una comedia doméstica de día y de noche, entre el metódico y rutinario correr de los ochavos y las horas. Ella, sometida á hombre tan vulgar, había llegado á aprender su frío papel y lo representaba como una máquina sin darse cuenta de lo que hacía. Aquel muñeco hízola madre de cuatro hijos, uno de los cuales había muerto en la lactancia. Ella les quería entrañablemente, y gracias á esto, iba creciendo el vivo aprecio que el muñeco había llegado á inspirarle... Deseaba que el tal viviese y tuviera salud; la esposa fiel seguiría á su lado, haciendo su papel con aquella destreza que le habían dado tantos años de hipocresía. Pero para sí anhelaba ardientemente algo más que vida y salud; deseaba un poco, un poquito siquiera de lo que nunca había tenido, libertad, y salir, aunque sólo fuera por modo figurado, de aquella

estrechez vergonzante. Porque, lo decía con sinceridad, envidiaba á los mendigos, pues éstos el ochavo que tienen lo gozan con libertad, mientras que ella...

Vencióla el sueño. Ni aun sintió el peso de Bringas inclinando el colchón. Al despertar, el primer pensamiento de la ilustre dama fué para los candelabros prisioneros.

“¿Qué tal te encuentras?”

—Me parece—dijo el esposo dando un gran suspiro,—que no voy tan bien como esperaba. Estoy desvelado desde las cuatro. He oído todas las horas, las medias y los cuartos. Siento escozor, dolor, y la idea de recibir la luz en los ojos me horroriza.”

Pasóse la mañana en gran incertidumbre hasta que vino el doctor. Este se mostró desazonado y un tanto perplejo, titubeando en las razones médicas con que explicar el retroceso de la enfermedad del pobre Thiers. ¿Era resultado de un poco de exceso en la comida...? ¿era un efecto de la belladona y desaparecería atenuando la medicación? ¿era...? En una palabra, convenía volver al reposo, no impacientarse, resguardar absolutamente los ojos de la luz, y ya que no se resignaba á permanecer en la cama, no debía moverse del sillón ni ocuparse de nada ni tener tertulia en el cuarto... La tristeza con que mi buen amigo oyó estas prescripciones no es para dicha. “¿Ves, ves?”—le dijo su esposa hinchando desmedidamente la nariz.—Ahí tienes lo que sacas de hacer gracias, de querer curarte en dos días. Te lo vengo diciendo, y tú... Si eres un chiquillo...”

Abatidísimo, el desdichado señor no decía una palabra. Todo el día estuvo en el sillón, con las manos cruzadas, volteando los pulgares uno sobre otro. Su mujer y su hijo le confortaban con palabras cariñosas; mas él no se daba á partido, y su dolor como que se exacerbaba con los paliativos verbales. Por la tarde, el inteligente Pez, hablando con Rosalía del asunto, dijo con mucho tino:

“Yo no sé cómo desde el primer día no llamaron ustedes á un oculista... Este buen señor (por el médico) me parece á mí que entiende tanto de ojos como un topo.

—Lo mismo he dicho yo—replicó la dama, queriendo expresar con elocuente mohín y alzamiento de hombros la sordidez de su marido.—Pero váyale usted á Bringas con esas ideas. Dice que no, que los oculistas no van más que á coger dinero... Y no es que á él le falte. Tiene sus economías... pero no se decidirá á gastarlas por su salud sino en el último trance, cuando ya la enfermedad le diga: “La bolsa ó la vista.”

Mucha gracia le hizo á don Manuel esta interpretación pintoresca de la avaricia de su amigo, y hablando con él después, le insinuó la idea de consultar á un especialista en enfermedades de los ojos. Esta vez no recibió mal el enfermo la indicación. Descorazonado é impaciente, consideraba que sus economías valían bien un rayo de luz, y sólo dijo: “Hágase lo que ustedes quieran.”

Por la noche, Milagros fué á acompañar á su correligionaria en trapos. Esta, como no se ha-

bían visto desde la semana anterior, creía resuelto ya el problema financiero que puso á la Marquesa tan angustiada en los últimos días de Junio. Francamente, yo también lo creí. Pero tanto Rosalía como el que tiene el honor de escribir estos renglones, advertíamos con sorpresa que en el rostro de la aristócrata no brillaban aquellos resplandores de contento que son segura expresión de reciente victoria. En efecto: la Tellería no tardó en declarar que su asuntillo no estaba resuelto, sino aplazado. A fuerza de ruegos había conseguido una prórroga hasta el día 10. Corría el 7 de Julio, y sólo faltaban tres días. ¡Por todos los santos del Cielo, por lo que más amase su amiga, le rogaba que...!

Rosalía se puso el dedo en la boca, recomendando la discreción. Andaba por allí Isabelita, y esta niña tenía la fea maña de contar todo lo que oía. Era un reloj de repetición, y en su presencia era forzoso andar con mucho cuidado, porque en seguida le faltaba tiempo para ir con el cuento á su papá. Días antes había hecho reír al buen señor con esta delación inocente: “Papá, dice don Manuel que yo salgo á tí... en que guardo todos los cuartos que me dan.”

## XXX

Lo que le valió un cariñoso estrujón y un beso de su papá querido.

Y aquella noche, sintiéndola entrar en su cuarto, llamóla y la sentó en sus rodillas. "¿Tu mamá...?"

—Está en la Saleta con la Marquesa—replicó la niña, que hablaba con claridad y rapidez.—Me dijo que me viniera para acá. La Marquesa estaba llorando porque estamos á 7.

—Estamos á 7—había dicho Milagros á la Pipaón, cruzando las manos y hecha una lástima; —y si para el día 10 no he podido reunir...! A mí me va á dar un ataque cerebral... Usted no sabe cómo está mi cabeza.,,

Se habían encerrado, y en la soledad de la habitación, sin luz, porque el amo de la casa era partidario frenético del obscurantismo en todas sus manifestaciones, la dolorida señora se explayaba y derrochaba á sus anchas el tesoro de su dolor, manifestándolo de mil modos con florida inspiración elegíaca... El día le era antipático. Gustaba de la noche para cebarse en la contemplación de su pena. Mirando á las estrellas, creía sentir inexplicable consuelo... Las estrellas como que le prometían algo lisonjero, ó bien lanzaban á lo interior de su alma un cierto destello metálico... Es muy peregrino el parentesco de los astros con el oro

acuñado... La infeliz no tenía ya esperanza en nada ni en nadie más que en su amiguita... Había contado con que ella la salvaría... ¿Cómo? Eso sí que no sabía decirlo. Se le había aparecido en sueños con aquélla su sonrisa angélica y aquel aire distinguidísimo...

"Por María Santísima—dijo Rosalía,—no se haga usted ilusiones, querida: yo no puedo, no puedo, no puedo..."

—Que sí puede, que sí puede—replicó Milagros, con una insistencia que ejercía cierta fascinación en el ánimo de la otra.—Basta querer... La cosa no es desmesurada. He podido reunir cinco mil reales; me faltan sólo otros cinco mil. Bringas...

—No sé con qué palabras he de decir á usted que es más fácil que nos bebamos toda el agua del mar.

—Olvidaba decirle que traigo aquí la carta de mi administrador, asegurando que del 15 al 20... No sé qué mejor garantía podría dar. Además, no faltará una obligación formal... Si esto no se arregla, no podré soportar la vergüenza que me aguarda... De seguro que me van á buscar y me encuentran muerta. A veces digo: "¿No habrá un cataclismo, un terremoto ó cosa así antes del día 10?", Pienso en la revolución, y créalo usted... desearía que hubiese algo... Me basta con una semana de jarana y tiros, durante la cual no pueda salir la gente á la calle... Pero ni eso, querida. ¿Sabe usted que á los generales Serrano, Dulce y Caballero de Rodas les han puesto presos, y dicen que les mandarán á Canarias, y que también

destierran al Duque de Montpensier? Con estas precauciones ¡ay! no habrá quien levante el gallo.

—¿A Canarias? ¡A los quintos infernos! — exclamó la Pipaón con júbilo. — Eso me gusta: que los pongan lejos, y se acabaron los sustos. Que conspiren ahora. ¿Y también al Infante me le dan aire...? Voy á decirselo á Bringas, que esto para él es oro molido. Corrió la dama á llevar á su esposo las felices nuevas, y éste se regocijó como si le cayera la lotería (tanto no, pero sí un poquito menos), celebrando el hecho con las expresiones más ardientes.

“Bien, bien, bien. Eso es gobernar. Luego dicen que Ibrahim Clarete está ido: lo que está es más despabilado que nunca, grandísimos pillos. Ea, conspirad ahora contra la mejor de las Reinas... ¿Con que á la sombra? ¡Hombre más bravo que ese Presidente del Consejo...! Le daría yo dos abrazos bien apretados... ¡A Canarias con ellos, como si dijéramos, á Ultramar! Y si se pierde el barco que los lleva, mejor... No lo puedo remediar: me dan ganas de salir á la terraza y dar un *viva la Reina!* muy fuerte, muy fuerte.”

Poco faltó para que lo hiciera como lo decía. Un rato después, Milagros lisonjeaba con charla pintoresca la pasión dinástica de Bringas, y pedía para los generales, no una muerte, sino cien muertes, y para todos los que conspirasen el cadalso. Con estas cosas se animaba mucho el enfermo; pero ¡ay! que el día siguiente había de ser de los más negros de su vida. ¡Pobre señor! Después de haber pasado la noche

muy inquieto, observó por la mañana una pérdida casi absoluta de la facultad de ver. El médico estaba tan aturdido, que ni aun acertó con las fórmulas escurridizas que ellos emplean cuando no quieren confesarse vencidos. Pero hombre de conciencia, supo al fin abdicar su autoridad antes de producir mayores males, diciendo: “Es preciso que le vea á usted un oculista. Que le vea á usted Golfín.”

Don Francisco creyó que se le caía el cielo encima. Sin duda su mal era grave. Vencida por el temor la avaricia, no pensó en poner reparo al dictamen de su médico y de toda la familia. Consternados todos, fiaban en la prodigiosa ciencia del más afamado curador de ojos que tenía España. Acordóse no dilatar la consulta ni un solo día, ni una hora.

¡Ah, Golfín!... Bringas le conocía. Era hombre del cual se contaban maravillas. A muchos ciegos desahuciados había dado vista. En Américas del Sur y del Norte había ganado dinerales, y en España no se descuidaba tampoco en esto. ¡Vaya una hormiga! Por batir unas cataratas al Marqués de Castro había llevado diez y ocho mil reales, y por la cura de una conjuntivitis del niño de Cucúrbitas, había puesto una cuenta tal, que los Cucúrbitas, para pagarla, se empeñaron por seis años. “Pero, en fin, Dios nos asista, y salgamos con bien de ésta. Cúreme el tal Golfín, y que me deje en los puros cueros...” Discurrióse luego sobre si iría el enfermo á la consulta ó harían venir á casa al oculista, decidiéndose Bringas por lo primero, que era lo más barato.

“Paquito y yo nos metemos en un coche, y allá...”

—No, que no estás para salir á la calle. El vendrá.

—Que no viene, mujer. Estos potentados de la ciencia no se mueven de su casa más que para visitar á príncipes ó gente de muchísimo dinero.

—Te digo que vendrá. Voy abajo. Su Majestad le pondrá cuatro letras...

—Eso me parece acertadísimo. Y si la Señora quiere añadir que se trata de un pobre... mejor que mejor. Dios te bendiga, hijita...”

Y vino Golfín y le vió, y con su ruda bondad infundióle ánimos y la esperanza que comenzaba á perder. La dolencia no era grave; pero la curación sería lenta. “Paciencia, muchísima paciencia, y cumplimiento exacto, escrupulosísimo de lo que yo prescriba. Hay un poco de conjuntivitis, que es preciso combatir con prontitud y energía...”

¡Pobre, desgraciado Bringas! Por de pronto, cama, dieta, quietud, atropina.

Inauguróse con esto una vida tristísima para el infeliz Thiers. Ya no le valió quitarse la venda, pues apenas veía gota, y le daba tanta pena, que se volvió á las tinieblas, en las cuales su único consuelo era recordar las palabras de Golfín y aquella promesa celestial con que se despedía: “Usted verá, usted verá lo que nunca ha visto...”, queriendo ponderar así la plenitud de la facultad preciosa que estimamos sobre todas las demás de nuestro cuerpo. ¡Ver!... ¿Pero cuándo, Dios poderoso;

cuándo, Santa Lucía bendita? Paciencia no le faltaba al pobre hombre, que en aquella situación inclinó con ardor su espíritu hacia la contemplación religiosa, y se pasaba parte de las solitarias horas rezando. Su mujer no se separaba de él sino cuando alguna visita importuna le obligaba á ello; cuando Milagros entraba con aire afligido, y, llamándola aparte, me la obsequiaba con un par de lágrimas ó de zalameras caricias... Ya no había que pensar en baños, á menos que no se restableciese Bringas para los primeros días de Agosto, lo cual no parecía probable.

Pez era de los amigos más constantes en aquella tribulación de la honrada familia. Una tarde que pudo hablar á solas con Rosalía en Gasparini, ésta le dijo: “Entramos ahora en una época de dificultades, de la cual no sé cómo vamos á salir...”. A lo que don Manuel contestó con un arranque quijotesco, ofreciéndose á ayudarla en todas aquellas dificultades, de cualquier clase que fuesen. Este noble pensamiento penetraba en el espíritu de la dama como un rayo de luz celestial. Ya podía contar con algún sostén en las borrascas que su vida ulterior le trajese. Ya había tras ella un lugar de retirada, una reserva para cualquier caso crítico... Ya veía cerca de sí un brazo, un escudo... La vida se le ofrecía más llana, más abierta... “Yo cuidaré—pensaba,—de que esta amistad y mi honradez no sean incompatibles...”